

## TULIO HALPERIN DONGHI Y LA FORMACIÓN DE LA CLASE TERRATENIENTE PORTEÑA

Raúl O. Fradkin\*

«Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir» dice Italo Calvino y *Revolución y guerra* sigue siendo, veinte años después, un cuadro de situación aún no superado<sup>1</sup>, un texto abierto que ha definido en gran parte la agenda de su investigación posterior<sup>2</sup>. Y lo mismo puede decirse de otros textos producidos por Halperin.

El propósito de este artículo es analizar la contribución de Tulio Halperin Donghi al estudio de la formación de la clase terrateniente porteña. Se trata de una relectura que se origina a partir de las preguntas que suscita el desarrollo de la histo-

---

\* Universidad Nacional de Luján.

<sup>1</sup> *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Bs.As., Siglo XXI, 1972 (en adelante RyG); de la misma época es "De la revolución de independencia a la confederación rosista", en *Historia Argentina*, 3, Bs.As., Paidós, 1972 (en adelante HA).

<sup>2</sup> Allí se condensan una década de investigaciones entre las que cabe destacar sus estudios de la expansión frontera ganadera ("La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires", en T. Halperin Donghi y T.S. Di Tella: *Los fragmentos del poder*, Bs.As., Jorge Alvarez, 1969, pp.21-74 (en adelante EG); "La expansión de la frontera de Buenos Aires (1810-1852)", en Marcos Giménez Zapiola (comp.): *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina* (hasta 1930), Bs.As., Amorrortu, 1975, pp.58-71 (en adelante EF). Posteriormente *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980 cuyo estudio introductorio fue reeditado como *Una nación para el desierto argentino*, Bs.As., CEAL, 1982; *José Hernández y sus mundos*, Bs.As., Sudamericana, 1985 (en adelante Hernández); *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino*, Bs.As., Editorial de Belgrano, 1982; "Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires (1820-1930)", en *Cuadernos de Historia Regional*, N°15, Universidad Nacional de Luján, 1992, pp.11-46.(en adelante Clase).

riografía rural rioplatense de la última década<sup>3</sup> y se centra en una dimensión de análisis que si bien no es explícitamente la que el autor postula como central, ha realizado las más importantes contribuciones que ha desarrollado nuestra historiografía al respecto. Se parte, por lo tanto, de una hipótesis: el análisis de la clase terrateniente subtiende –utilizando uno de sus giros recurrentes– los más significativos aportes de Halperin y constituye uno de sus hilos conductores. Para esta relectura nos hemos apoyado en el conjunto de sus obras y en una serie de comentarios y entrevistas publicadas buscando precisar las claves que articulan su contribución, explorar las modificaciones que puedan haberse producido en su visión y ponderar la fertilidad de esta línea de investigación en las actuales condiciones de la historiografía.

### **1. Algunas claves de la contribución halperiniana**

Debe partirse de una constatación: la tradición historiográfica había encontrado los orígenes de la clase terrateniente en el período colonial y veía en ella su principal legado. Y, si bien no todos los historiadores compartían plenamente este supuesto, sí coincidían en otro que le daba sustento: la imagen de una economía regional dominada por la producción pecuaria. Con respecto a la campaña rioplatense colonial se aceptaba, con mayor o menor énfasis, el dominio absoluto de una estancia latifundista y de una clase terrateniente que de ella extraía sus atributos. Detrás de valoraciones no siempre coincidentes podía registrarse la existencia de un «consenso» historiográfico: la existencia de una clase terrateniente percibida como idéntica a una clase ganadera, de origen colonial, y que habría vivido un proceso de ascenso social casi ininterrumpido coronado en la independencia o muy poco después. Este consenso llevaba implícita una visión muy simple del cambio social, pues operaba una traducción de un fenómeno de la estructura económica –como era el crecimiento de la ganadería (visto además como un curso lineal ascendente casi sin obstáculos)– en un fenómeno de la esfera de la estructura social, el ascenso de los terratenientes ganaderos. Aún para los autores más perspicaces la clase era un hecho dado antes que una construcción histórico-social. A su vez el registro de otros fenómenos significativos (el carácter mercantil-burocrático de la élite tardocolonial porteña, la importancia del comercio y la exportación de plata, la presencia de la agricultura, por ejemplo) básicamente no eran integrados a la visión que se tenía de la historia de esta clase. En cierto sentido, puede decirse que era una cuestión a-problemática.

---

<sup>3</sup> R. Fradkin: "Introducción: La historia agraria y los estudios de establecimientos productivos en Hispanoamérica colonial: una mirada desde el Río de la Plata", en R. Fradkin (comp.): *La historia agraria del Río de la Plata colonial. Los establecimientos productivos*, I, Bs.As., CEAL, 1993, pp. 7-44.

La versión que ofreció Halperin vino a socavar y a barrer con buena parte de los argumentos aceptados y es justo reconocer que no tenía demasiado en que apoyarse: si se considera la herencia forjada por la Nueva Escuela, predominante por entonces en el ámbito universitario aunque ya esclerosada, no pudo extraer de ella demasiados elementos; tampoco podía hacerlo del amplio campo del llamado revisionismo histórico cuya contribución ha evaluado como prácticamente nula<sup>4</sup>. Sin embargo, quizás sea de interés rescatar algunos de los rasgos que él destaca del revisionismo pues ello puede suministrar algunas claves del enfoque halperiniano.

Halperin interpreta su acercamiento a la figura de Rosas a partir de dos aspectos principales: por un lado, porque vio en él la

*«capacidad de crear un fuerte liderazgo por encima de las clases y grupos de la sociedad que gobernaba, que los integraba a todos sin identificarse con ninguno»*

Y, por otro, porque

*«los revisionistas van a admirar en el rosismo una solución política capaz de mediatizar no sólo a la plebe, sino también a las élites.»*

Esta explicación no sólo evoca con precisión el tipo de necesidades que animaba a los revisionistas; es también sugerente de una cierta convergencia de problemas. Pero, para Halperin, la falencia básica de la interpretación revisionista del rosismo —y de su presente— estaba en que

*«venía a aislar la problemática política argentina de toda clave social»<sup>5</sup>*

Esta evaluación ilustra el eje de la contribución halperiniana: enfocar la historia política en «clave social». Pero hay algo más: en cierto sentido ésta es también una clave de clase<sup>6</sup>. Sin embargo, el enfoque halperiniano no está centrado en las clases: es, más precisamente, una historia de élites que tiene a las clases y a las relaciones que con ellas entablan como telón de fondo. Según sus propias palabras:

---

<sup>4</sup> Un excelente análisis de la situación previa y las contribuciones del «proyecto renovador» en T. Halperin Donghi: "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)", en *Desarrollo Económico*, 25:100, Bs.As., 1986, pp. 487-520 y "Reportaje a Tulio Halperin Donghi. Enseñanza y práctica de la historia", en *Punto de vista. Revista de cultura*, VI:18, Bs.As., 1983, p. 31.

<sup>5</sup> Todas las citas son de T. Halperin Donghi: "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", en *Punto de vista. Revista de cultura*, VII:23, Bs.As., 1985, pp.11 y 12.

<sup>6</sup> Por ejemplo, su percepción de la visión de Irazusta remite directamente a su ubicación de clase. Pero, Halperin es consciente del limitado alcance de una perspectiva de este tipo para dar cuenta de la situación de los intelectuales: al entrar decididamente en este territorio recupera las tensiones que signan sus relaciones con las clases.

*«Cuando empecé lo que iba a ser **Revolución y Guerra**, estaba tratando de hacer una historia del siglo XIX argentino, y si enfoqué ese problema como central [se refiere a la relación de los intelectuales y la política] es porque me pareció central, es decir, me pareció que el problema básico de la etapa de la revolución era lo que en el lenguaje que ahora se ha hecho trivial podríamos decir la invención de la política, es decir la creación de un nuevo tipo de actividad que crea nuevos tipos de conexiones; cómo esos nuevos tipos de conexiones se establecen sobre la base de conexiones previas, cómo relaciones que se daban en el marco de lo social, basadas en un prestigio entre social y cultural, van a concretarse en relaciones políticas.»<sup>7</sup>*

El testimonio explicita el eje organizador de la reconstrucción halperiniana del siglo XIX argentino (¿sólo del XIX?), pone de manifiesto su sentido de la historia política entendida en clave social y la centralidad de las élites en su visión de la sociedad y del cambio social. En un incisivo artículo<sup>8</sup>, ha evidenciado la insatisfacción que parece sentir frente a las propuestas teóricas existentes; pese a lo cual pueden reconcerse ciertas preferencias o, al menos, una mayor cercanía hacia la conceptualización de raíz weberiana. Para Halperin, el problema básico es la dolorosa y conflictiva metamorfosis del letrado colonial en intelectual político, la emergencia de un nuevo tipo social que es uno de los aspectos de la secularización en curso. Esta metamorfosis es percibida como que

*«marca el punto de llegada lógico de un proceso a lo largo del cual se ha acentuado el divorcio entre una élite que, en la tardía etapa colonial, reúne idealmente la superioridad del linaje, el dominio de áreas variadas de la economía y el de las actividades administrativas, ideológicas y culturales, y un sector letrado que ha comenzado a verse a sí mismo como un subgrupo dentro de esa élite, y que tiene a su cargo, precisamente, tutelar y acrecentar los elementos institucionales y culturales del complejo patrimonio acumulado por el clan familiar al que pertenecen.»<sup>9</sup>*

Para Halperin hay un rasgo sociológico significativo de este grupo «surgido por especialización funcional» en la cima de la sociedad hispanoamericana del Antiguo Régimen: sus miembros fueron reclutados de las primeras familias que contaban con una base patrimonial más reducida o dentro de linajes secundarios. La clave, entonces, pareciera estar en la distancia —presentada como recurrente— entre intelectuales de élite y las «clases propietarias»: enfoca la cuestión no tanto desde el origen de clase (al que otorga, sin embargo, impronta crucial) sino desde la relación entre élite y

---

<sup>7</sup> R. Hora y J. Trímoli, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Bs. As., Ed. El Cielo por Asalto, 1994, p. 42.

<sup>8</sup> "Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica", en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Bs. As., Sudamericana, 1987, pp. 40-63.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 56-57.

clases, recuperando de este modo su campo específico y autónomo de acción.

La «clave social» tiene, así, componentes de un enfoque de clase que apunta a rescatar dimensiones específicamente políticas y culturales. Ello no es casual y se relaciona con los rasgos básicos del programa de renovación historiográfica surgido en los años 50 tras la figura de J. L. Romero que estaba orientado a «ampliar el campo de visibilidad» de la historiografía desde una concepción integral de la historia de la cultura primero, antes que desde una historia social sustentada en las nuevas ciencias sociales<sup>10</sup>. Entre este primer momento fundante y el segundo –el del efímero éxito institucional– hay un cambio de énfasis, de lo cultural integral a lo social-económico, que tendrá fuerte incidencia en su herencia posterior. Tal metamorfosis no era sencilla, dejaba abierta varias perspectivas no todas fructificadas posteriormente y estaba sometida a tensiones interiores. La evaluación retrospectiva que hizo Halperin de algunos textos de Romero escritos en aquellos años, puede ayudar a situar la construcción de su propia perspectiva:

*«El problema quizá insoluble de esta línea interpretativa es que sigue con mayor fidelidad el desarrollo de las ideas que el de las sociedades latinoamericanas (ya que prescinde de examinar éste, que cree posible deducir de aquel). Así, ignora que el antiguo régimen no fue en general favorable a los grupos terratenientes que ofrecen el más sólido anclaje social para una mentalidad señorial; estos terratenientes pueden identificarse mejor con algunas modalidades del orden nuevo que trae la independencia, y su mentalidad no puede dejar de reflejar esa circunstancia.»<sup>11</sup>*

El comentario no permite evaluar su balance de la obra de Romero –para lo cual remitimos al artículo citado– sino situar más precisamente a Halperin frente a ella. Entre el mundo de las ideas y la sociedad opta decididamente por éste, y es sugestivo el ejemplo que ha elegido para su crítica: el caso de los terratenientes poscoloniales. Como puede verse, para él la clave del problema debe buscarse en los grupos terratenientes y sus formas de mentalidad: la clave social es, en este caso, una clave de clase. Un enfoque de estas características no tenía demasiados precedentes y si se quiere encontrar uno probablemente haya que remitirse a Real de Azúa<sup>12</sup>. Ello no es casual, dada la incidencia de Romero y del propio Halperin en la renovación de la historiografía uruguaya de entonces<sup>13</sup>. Para Halperin la importancia del tema que

---

<sup>10</sup> O. Terán: "Imago Mundi: de la universidad de las sombras a la universidad del relevo", en *Punto de vista. Revista de cultura*, XI:33, Bs. As., 1988, pp. 5 y 6.

<sup>11</sup> T. Halperin Donghi: "José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina", en J. L. Romero: *Las ideologías de la cultura nacional y otros ensayos*, Bs.As., CEAL, 1982, p. 229.

<sup>12</sup> Carlos Real de Azúa: *El patriciado uruguayo*, Montevideo, 1981. El prólogo de esta edición es el comentario de Halperin aparecido en *Estudios de historia social*, I, Bs.As., 1965.

<sup>13</sup> C. Zubillaga: "La significación de José Luis Romero en el desarrollo de la historiografía uruguaya", en F. Devoto (comp.): *La historiografía Argentina en el siglo XX*, II, Bs.As., CEAL, 1994, pp. 132-156.

## Azúa afrontaba

«no podría exagerarse en países que han sido regidos por oligarquías capaces de sobrevivir a más de una tormenta política.»

Entre sus atributos pondera el replanteo que Azúa realizó del lugar de la riqueza y en especial de la tierra en la conformación del grupo («firmemente desmitizada»), su carácter reciente y la importancia de sus raíces urbanas –tanto o más que las rurales. Rescata el enfoque que realiza del carácter de este patriciado («un concepto de clase fundacional especialísimo») al que alude a la vez «como una unión laxa de grupos económicos, a una clase social, a una élite política». Como se verá, allí pueden encontrarse algunas de las claves del enfoque halperiniano y no parece casual que su penetrante estudio de las élites y las ideas del siglo XIX –mucho más que un prólogo a una excelente selección de textos– le esté dedicado. Pero la filiación del pensamiento halperiniano no es de sencilla dilucidación y él mismo resiste cualquier adscripción<sup>14</sup>: si alguna hay que reconocerle es la de una formación clásica en la que dejaron su impronta las tradiciones intelectuales alemana e italiana y la escuela de *Annales* por influencia de Braudel. La estructura misma de *Revolución y Guerra* y la atención prestada a los espacios y a los tiempos diferenciales de los fenómenos analizados refieren a esta influencia. Pero, ella no es simple ni directa y, mucho menos, acrítica. A distancia se ocupa de la emergencia de la vida política –reconocida en su especificidad e irreductibilidad– y lo hace rastreando sus enraizamientos en el conjunto de la vida social; el estudio se convierte no en aquella forma antigua de la historia política, sino en otra visión que intenta bucear en profundidad una aproximación a la historia del poder. Originalidad sustantiva si se consideran los cauces dominantes de la historiografía de entonces e ilustrativa de los límites de la influencia braudeliana: frente a la despolitización de la historia que imponía la influencia de la segunda generación de *Annales* esta originalidad es atribuible, al menos en parte, a la «formación clásica» del autor y a su imbricación en la tradición historiográfica argentina. Tiene, entonces, una ubicación compleja dentro del campo historiográfico: profundamente renovador en el enfoque no sigue puntillosamente los dictados del nuevo canon historiográfico; un tema y un período clásicos adquieren bajo su mirada connotaciones e implicancias antes insospechadas.

Este modo de acceder a la vida política tiene un conjunto de resultados *secundarios* –sólo en el sentido de que no constituyen la preocupación primaria del autor–: ofrece una serie de trazos, observaciones e hipótesis sugestivas apoyadas en una enorme intuición. La formación de la clase terrateniente porteña no es *el* tema de *Revolución y Guerra* pero sí, de alguna manera, el que lo subtiende. No es un análisis

---

<sup>14</sup> Cf. el reportaje realizado por J.C.Chiamonte y O.Terán: "Tulio Halperin Donghi. De voluntades y realidades", en *Todo es Historia*, 301, Bs.As., 1992, pp. 58-70.

de clases pero tampoco un análisis sin clases<sup>15</sup>.

Quizás sea conveniente recordar que entre las novedades que trajo consigo estuvo la de brindar un panorama más acabado de la estructura regional resituando el lugar de la campaña bonaerense en la creación de la riqueza ganadera de la economía virreinal<sup>16</sup>, el reconocimiento de la heterogeneidad de la región y sus variaciones productivas y sociales<sup>17</sup>, el contraste que presentan las estructuras económico-sociales de las áreas de antigua colonización y aquellas en las que se impone la nueva ganadería. Pero, en su presentación del origen de la clase terrateniente estos aspectos decisivos —ya que aquella heterogeneidad y aquel contraste no desaparecen luego de 1820— terminan por diluirse en el cuadro de conjunto que al final resulta; su explicación sobre la emergencia del «nuevo poder terrateniente» tiene como referencia casi exclusiva —y ello es muy evidente en la selección de ejemplos y de fuentes documentales— a las condiciones habidas en el «nuevo sur», donde su implantación no tuvo que verse con estructuras previas<sup>18</sup>.

A su vez, Halperin propuso una cronología y una periodización: una nueva manera de organizar las evidencias y plantear los problemas que sitúa la profunda transformación operada en la región en las décadas de 1810 y 1820 en la base del proceso de constitución de la clase terrateniente y de su ascenso al status de clase dominante. De esta manera, modifica por completo la visión que se tenía del tema hasta entonces y recupera una visión abarcadora de los fenómenos producidos entre 1750 y 1850<sup>19</sup>. Ello le permite destacar una de las especificidades básicas del proceso bonaerense en el contexto latinoamericano: su veloz y exitosa adaptación a las nuevas condiciones que crea la crisis de la independencia. Dentro de ese arco temporal adquieren especial relevancia las coyunturas (en primer término la guerrera, iniciada hacia 1796 y, luego, la coyuntura revolucionaria). Desde ellas presta atención a un tipo de problema poco transitado hasta entonces: las estrategias empresariales y el pro-

---

<sup>15</sup> Un análisis previo acerca del aporte de Halperin al estudio de la conformación regional en nuestro trabajo: "Antigüedad de asentamiento, orientaciones productivas y capital comercial en la conformación de una estructura regional: Buenos Aires, siglos XVIII y XIX", en *Revista de Historia*, 5, Universidad Nacional del Comahue, 1995, pp. 223-244.

<sup>16</sup> La perspicacia de su exposición se percibe mejor si se tiene en cuenta el resultado de la investigación posterior que ha permitido medir la composición regional de la producción y del "sector externo": J.C. Garavaglia, *Economía, sociedad y regiones*, Bs.As., 1987; cf. también Z. Moutoukias, *El comercio atlántico de Buenos Aires, 1760-1796: crecimiento y continuidad*, mimeo, sff.

<sup>17</sup> Tras esta pista se ha introducido en este campo el estudio de los ecosistemas sociales agrarios: J. C. Garavaglia, "Ecosistemas y tecnología agraria: elementos para una historia social de los ecosistemas agrarios rioplatenses (1700-1830)", en *Desarrollo Económico*, 28:112, Bs.As., 1989, pp. 549-575.

<sup>18</sup> Las implicancias de esta tipología socio-regional no fue considerada hasta mucho después: un rasgo distintivo de la historiografía reciente es la multiplicación de estudios de rango microrregional que no sólo han confirmado aquella heterogeneidad sino incluso han permitido reconocer una variedad impensada aún para Halperin. J.C. Garavaglia y J.L. Moreno (comps.): *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*, Bs.As., Cántaro, 1993.

<sup>19</sup> Cf. también *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza, 1985.

ceso de toma de decisiones de los actores. La coyuntura revolucionaria aparece como el contexto de una profunda transformación estructural<sup>20</sup> de la que emerge una nueva clase:

*«Si para quienes vivieron esa vertiginosa transición ella pareció cambiarlo todo, parece evidente a la mirada retrospectiva que los rasgos básicos del desarrollo posterior a 1820 sólo se hacen comprensibles si se toma en cuenta el legado de los años revolucionarios. En particular, la posición de la calle en buena parte improvisada de grandes terratenientes tanto en relación con el estado como con la sociedad en su conjunto sólo se hace comprensible en ese contexto.»<sup>21</sup>*

Para Halperin la formación de la clase terrateniente no era el resultado de una larga historia previa sino, ante todo, como el fruto de una transformación operada en el tiempo corto. En cierto sentido, puede concluirse que tiene una emergencia súbita. Esta decisiva clave interpretativa no deja de suscitar varios problemas de los que Halperin es consciente: se ha ocupado en destacar que la exploración de aquellos momentos que cambian súbitamente el rumbo de la historia

*«es una de las tareas más difíciles para el historiador; muy pocos han logrado reconstruir con igual eficacia las dos facetas a la vez complementarias y contradictorias de esos momentos radicalmente innovadores.»<sup>22</sup>*

## 2. La formación de la clase terrateniente

Su itinerario comienza con su replanteo de la visión de la élite tardocolonial a la que despoja de cualquier semejanza con aquella que la veía como una clase terrateniente. Halperin reconstruye una imagen completamente novedosa de esta élite regional y con ello puede empezar a trazar un cuadro, también novedoso, de sus vínculos con el mundo rural aunque, sin embargo, este aspecto termina por quedar descentrado del análisis. Este efecto es todavía más notorio en la historiografía posterior, que reforzó la noción de la escisión entre la élite mercantil y el medio rural<sup>23</sup>. Pero hoy puede advertirse que de esta escisión entre las esferas de la produc-

---

<sup>20</sup> La magnitud de la transformación ha comenzado a ser medida: cf. J. C. Garavaglia, "Producción cerealera y producción ganadera en la campaña de Buenos Aires, 1700-1820", en J. C. Garavaglia y J. Gelman, *El mundo rural rioplatense a fines de la época colonial. Estudios sobre producción y mano de obra*, Cuadernos Simón Rodríguez 17, Bs.As., Biblos, 1989, pp.9-42 y "De la carne al cuero. Los mercados para los productos pecuarios (Buenos Aires y su campaña, 1700-1825)", en *Anuario del IEHS*, 9, Tandil, 1994, pp. 61-98.

<sup>21</sup> *Clase*, p. 18 (el subrayado es nuestro).

<sup>22</sup> *La larga agonía de la Argentina peronista*, Bs.As., Ariel, 1994, p. 9 (en adelante *Agonía*).

<sup>23</sup> S. Socolow, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Bs.As., Ediciones de La Flor, 1991. C. Mayo: "Landed but not Powerful: The Colonial Estancieros of Buenos Aires (1750-1810)" en *HAHR*, 71:4,

ción y de la circulación no surge ni la formación de clases opuestas y, ni siquiera de élites competitivas. La élite hacendada, aquella que intenta tomar a su cargo la tarea de representar al «cuerpo» y de cohesionarlo es parte integrante de la élite urbana, tanto en sus exponentes particulares como corporativos<sup>24</sup>. A su vez, los trabajos sobre la élite porteña del siglo XVII<sup>25</sup> y los análisis de casos particulares disponibles para el siglo XVIII<sup>26</sup> arrojan dudas acerca de que aquella escisión haya sido tan completa. Por otra parte, la élite urbana no está constituida sólo por particulares y en el sector corporativo e institucional que la integra puede verse, con claridad, la impronta de la vinculación con el medio rural<sup>27</sup>.

El indudable efecto desbloqueador de la visión halperiniana de la élite porteña tardocolonial sirvió para clarificar las bases de su poder y ubicar una nueva cronología de la formación de la clase terrateniente; pero ha provocado un sesgo en los enfoques posteriores que, sin que pretendamos volver a una visión superada de la importancia de la producción rural, ha llevado a opacar sus vinculaciones con el medio rural. La sutileza del análisis y las argumentaciones de Halperin —que eluden la simplicidad— no pueden evitar, a veces, el tributo a la tradición. Ello se evidencia, por ejemplo, en el análisis de las disputas político-mercantiles tardocoloniales cuando la explicación sigue remitiendo a la forja de alianzas entre distintos sectores sociales —comerciantes innovadores y hacendados— sin que se disponga de datos firmes acerca de la constitución como sujetos sociales de estos sectores que —se supone— establecen alianzas<sup>28</sup>. Hay aquí un empalme con visiones anteriores. En cambio, al abordar la cuestión de los saladeros a fines de la década de 1810, pone de manifiesto la presencia de actores más complejos, verdaderas facciones de clientelas, en lugar de

---

1989, pp. 761-779.

<sup>24</sup> "Capital comercial y producción rural en Buenos Aires a fines del siglo XVIII: Antonio Obligado y las disputas de la década de 1790", en J.C. Garavaglia y J. Gelman (comps.), *Trigos, ganados y estancias*, Bs.As. (en prensa) y "Los comerciantes de Buenos Aires y el mundo rural en la crisis del orden colonial. Problemas e hipótesis", en J. Marchena y G. Mira (comps.) (1992): *De los Andes al mar. Plata, familia y negocios en el ocaso del régimen colonial español*, Sevilla [en prensa].

<sup>25</sup> J. Gelman, "Cabildo y élite local: el caso de Buenos Aires en el siglo XVII", en *HISLA*, 5, 1985, "Economía natural-economía monetaria: los grupos dirigentes de Buenos Aires a principios del siglo XVII", en *Anuario de Estudios Americanos*, 1987, pp.3-20.; Z. Moutoukias, *Contrabando y control colonial en el siglo XVII*, Bs.As., CEAL, 1989.

<sup>26</sup> J. Gelman, "El gran comerciante y el sentido de la circulación monetaria en el río de la Plata colonial tardío", en *Revista de Historia Económica*, 5:3, Madrid, 1987, pp. 485-508 y "Sobre el comercio colonial y los patrones de inversión de un gran comerciante en el Río de la Plata del siglo XVIII", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, 3:1, Bs.As., 1989, pp. 51-70; H. Galmarini: "Comercio y burocracia colonial. A propósito de Tomás Antonio Romero", en *Investigaciones y Ensayos*, 28 y 29, Bs.As., 1980.

<sup>27</sup> C. Mayo, *Los betlemitas en Buenos Aires: convento, economía y sociedad (1748-1822)*, Sevilla, 1991, demuestra una lógica que no era impracticable para un gran comerciante.

<sup>28</sup> EG, pp. 49-53. Moutoukias ha dado un nuevo avance en este sentido al cuestionar todo intento de clasificación de las posiciones públicamente defendidas en virtud de diferencias en sus patrones de inversión: "Réseaux personnels et autorité coloniale: les négociants de Buenos Aires au XVIII siècle", en *Annales E.S.C.*, jul-oct. 1992, pp. 889-915.

agrupamientos delimitados por posiciones en el proceso de producción.

Para Halperin la antigua campaña colonial tenía como rasgo definitorio la hegemonía de los comercializadores en el nivel local pese a no prolongarse en contactos estrechos con el gran comercio<sup>29</sup>. La implantación de la hegemonía terrateniente en las zonas rurales vendría a oponerse a las tradicionales estructuras de dominio, a restar gravitación a los comerciantes hasta transformarlos, a veces, en sus agentes y se apoyó en una expansión económica que amortigua los conflictos sociales que, salvo en los momentos iniciales, no se debió a la lucha con otros sectores de clase alta de más antiguo prestigio<sup>30</sup>. Pero hay un fenómeno también importante: la hegemonía terrateniente coincide, en cambio, con los nuevos grupos comerciales de nivel provincial:

*«La hegemonía de la clase terrateniente en las zonas rurales, en la medida en que esta clase, a la vez que gana en riqueza y poder con la expansión de la producción ganadera, se opone cada vez más decididamente a las estructuras de comercialización tradicionales en nivel local, no es conquistada en oposición con los grupos comerciales nuevos que actúan en nivel provincial sino por el contrario en sustancial coincidencia con estos.»<sup>31</sup>*

Esta observación resulta un aspecto central para definir la naturaleza de la nueva clase y el modo de implantación de la nueva hegemonía aunque él mismo, en aquellos años, no la explore en profundidad. El quiebre de la hegemonía mercantil tradicional a nivel local abre nuevas condiciones de acceso al mercado para los propietarios rurales y les otorga –agreguemos– otro carácter<sup>32</sup>. Pero la «coincidencia» entre productores y comercializadores a nivel provincial sólo puede ser postulada a partir de un razonamiento que reconozca las diferenciaciones sociales como ancladas en los diferentes sectores de actividad económica; el problema es que su misma argumentación –centrada en la transformación de la élite mercantil– tiende, por lo menos, a cuestionar un razonamiento de este tipo. En este marco se destaca un aspecto

---

<sup>29</sup> Últimamente empezamos a conocer los diversos mecanismos de dominio mercantil sobre la pequeña producción rural bonaerense: para el caso de los agricultores puede verse J.C.Garavaglia, "El pan de cada día: el mercado del trigo en Buenos Aires. 1700-1820", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, 3ª época, 4, 1991, pp. 7-29; J. Mateo, "Producción y distribución de granos en el sudoeste bonaerense. Los negocios de Blas Antonio de Agüero en la década de 1820", en R.Mandrini y A. Réguera (comps.), *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*, Tandil, IEHS, 1993, pp. 161-190; para la circulación de la producción mular: M.Canedo, "La ganadería de mulas en la campaña de Buenos Aires. Una aproximación a las estrategias de producción y comercialización en la segunda mitad del siglo XVIII", en *ibidem*, pp. 147-160 y C.Birrocco, "Comercio de mulas y producción rural. Miguel de Riblos: tratante y hacendado de Buenos Aires (1673-1719)", en *2das. Jornadas de Estado, sociedad y economía en el mundo colonial*, Bs.As., 1993.

<sup>30</sup> EG, pp. 40-41.

<sup>31</sup> EG, p. 50.

<sup>32</sup> EG, pp. 45-54.

de su enfoque: el núcleo de la explicación de la formación de la clase terrateniente se sustenta en el proceso de renovación y transformación de la élite mercantil porteña. Conviene repasar cómo presenta la exposición de este cambio<sup>33</sup>:

1º) Establece el origen urbano-mercantil de los nuevos terratenientes:

*«los grandes señores de la Pampa provendrán de la ciudad (donde se ha originado antes de la expansión ganadera, su riqueza, que les abrió el acceso a la tierra)»;*

2º) Observa una transformación pero advierte la perdurabilidad de un rasgo definitorio:

*«si bien se asimilan al estilo de vida rural no por eso cortan toda relación con la vida urbana»;*

3º) Define así un atributo de largo plazo de esta clase: la apertura y renovación de sus componentes:

*«esta relación es tanto más viva en cuanto el grupo de grandes propietarios es abierto y en él ingresan constantemente nuevos hombres adinerados de la ciudad (este proceso, nunca detenido hasta el presente, adquiere un ritmo particularmente intenso en el primer trentenio del siglo XIX»;*

4º) Y con ello apunta a llamar la atención acerca de otros atributos que definirán su posición hegemónica:

*«La propiedad de la tierra, la propiedad de esos centros de sociabilidad pastoril que son las pulperías (que muy frecuentemente, atendidas por un capataz, tienen por dueño a un gran señor territorial) son hechos que no sólo cuentan en lo que tocan a las relaciones estrictamente económicas.»<sup>34</sup>*

Es decir, hace dos décadas no sólo postulaba el origen mercantil de la acumulación terrateniente sino que –ya entonces– percibía la profunda imbricación urbana posterior de esta nueva clase terrateniente, su carácter abierto y advertía su actuación

---

33 RyG, pp. 72-73.

34 Sugerentes observaciones acerca de la importancia de los terratenientes operando como pulperos y/o transportistas en EG, pp. 71-73. Sin embargo, es muy poco lo que conocemos acerca de los pulperos rurales y su relación con los terratenientes: recientemente J. Gelman ha demostrado su importancia como mecanismo de dominio sobre la fuerza de trabajo de una gran estancia oriental y para aumentar de modo significativo su rentabilidad al reducir drásticamente el peso del principal costo de producción, la partida salarial: "Mundo rural y mercados: una estancia y las formas de circulación mercantil en la campaña rioplatense tardocolonial", en *Revista de Indias*, 195/196, 1992, pp. 479-514.

en el ámbito rural no sólo como propietarios territoriales.

5º) Su conclusión era, por cierto, decisiva:

«en cuarenta años aparentemente vacíos de realizaciones económicas se pasará de la hegemonía mercantil a la terrateniente...»<sup>35</sup>

Se trata, en consecuencia, de **una explicación del cambio social sustentada en el cambio de naturaleza de los grupos dirigentes, en una transformación no sólo de los integrantes del grupo hegemónico sino en el carácter de esta hegemonía**. El uso de la noción de hegemonía por Halperin tiene indudables reminiscencias gramscianas –en especial por el énfasis puesto en su capacidad de ejercer una dirección general sobre la sociedad– aunque él mismo haya minusvalorado esta posibilidad. Sin embargo, este cambio es presentado como «una reorganización interna en el equilibrio de los sectores económicamente dominantes»<sup>36</sup>, una alteración que se opera en su ecuación constitutiva.

Halperin opera simultánea y alternativamente (en plural o singular) con los conceptos de élite, clase y sector dominante pero es este último el que se convierte en decisivo al postular los dos grandes movimientos operados entre el ámbito mercantil y el ganadero que acompañan a la «revolución mercantil»:

1º) el «vuelco» del comercio a la producción ganadera:

*«una forma de adaptación a la situación nueva es la vuelta hacia el campo, que ejecutan a partir sobre todo de 1820 algunos de los grandes comerciantes porteños de arraigo colonial. Pero no son ellos los únicos que vuelcan los frutos de una rápida capitalización en empresas ganaderas; junto con ellos son los comerciantes extranjeros los que también participan en la expansión del sector rural porteño.»*<sup>37</sup>

O, también:

*«A partir de 1820, en un brusco cambio de escena, la campaña encuentra un nuevo destino: reemplazar al Litoral devastado como proveedor de cueros para el mercado ultramarino; lo que queda de la riqueza urbana lo encuentra también: volcarse en esa campaña que se expande.»*<sup>38</sup>

2º) Y, por otro lado, una profunda innovación estructural:

---

<sup>35</sup> RyG, p. 77.

<sup>36</sup> RyG, p. 119.

<sup>37</sup> EG, p. 38.

<sup>38</sup> HA, p. 179.

*«la liberación de los productores del predominio de los comercializadores de viejo estilo.»<sup>39</sup>*

Tal y como están presentados, ambos movimientos no son del todo compatibles; si bien resultan de la misma «revolución mercantil» —e incluso el primero puede ser decisivo en el segundo— lo que pareciera producirse es una transformación del tipo de relación entre la esfera de la circulación y la producción y difícilmente pueda concluirse de ello la posible autonomización de esta última. En Halperin ello no aparece así y ambos fenómenos son analizados en función de problemáticas diferentes: al primero se alude cuando se analizan los comportamientos de la élite dirigente frente a la crisis revolucionaria y al segundo cuando se analiza la situación del sector ganadero postrevolucionario.

Entonces, el elemento desde el cual se explica el cambio en la élite no se refiere sólo —ni primordialmente— a una alteración de su composición, como varias veces se podría suponer; por el contrario, es **de tipo estructural**. Este es el aspecto decisivo —y, a su vez, el más problemático— como el mismo desarrollo de la argumentación que realiza permite advertir. Sin duda, la quiebra del orden mercantil colonial supuso la crisis de una forma de dominio sobre los productores. Una de las posibilidades que esta crisis abrió fue la liberación del productor; sin embargo, no es la única: en principio puede haberse dado también una transformación del tipo de dominio que la esfera de la circulación y el capital comercial ejercía sobre los productores y ello es más congruente con el origen y el carácter urbano-mercantil de los nuevos terratenientes y con el conjunto de la evidencia disponible.

El complemento de su enfoque sectorial es el reconocimiento de una cierta división de funciones entre el capital mercantil británico y la clase terrateniente local que, pese a todos los matices que introduce, recorre sus desarrollos. Como Chiaramonte ha señalado<sup>40</sup> el colapso de los antiguos comerciantes dominantes frente a los mercaderes ingleses no implicó una pérdida del papel dominante del capital comercial en esta economía y en el impulso de la expansión ganadera. Es muy probable que la hipótesis de Halperin tenga expresa pertinencia dentro de la coyuntura revolucionaria para la cual ha sido formulada, pero aún es muy poco lo que sabemos al respecto y él mismo indicó la inclinación a la propiedad territorial de los nuevos comerciantes extranjeros. Es probable que en la conjunción de ambas posibilidades resida la complejidad del proceso formativo de una clase terrateniente durante una fase transicional en la cual todavía no se han generado las condiciones para construir una estructura económica asentada sobre el primado de la producción, en la cual la renta del suelo aún no se ha convertido en la categoría económica dominante y en la cual el capital

---

<sup>39</sup> RyG, p. 120.

<sup>40</sup> *Mercaderes del litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX*, Bs.As., FCE, 1991.

comercial siguió siendo la forma dominante del capital. Los rasgos que le otorga a la expansión ganadera son, por otra parte, plenamente compatibles con una conceptualización de este tipo<sup>41</sup>.

Halperin se preocupó por desentrañar las condiciones de la expansión ganadera y advirtió que fue, en buena medida, independiente del movimiento de los precios internacionales y empujada por las altas tasas de ganancia –que sitúa alrededor del 30% anual sobre la inversión inicial– y por el bajo costo de instalación (cuyo principal requerimiento era hasta fines de la década de 1830 el ganado para poblar estancia)<sup>42</sup>. Más recientemente puede notarse un cambio de énfasis: la explicación otorga ahora menos importancia a la magnitud de la tasa de ganancia esperable en la producción ganadera y pondera fundamentalmente el quiebre de otras alternativas que presentaba la coyuntura<sup>43</sup>. La magnitud estimada de aquella tasa –que sin duda requiere de más estudios de casos para su verificación– tampoco puede ser sobrestimada: él mismo ha destacado como rasgo relevante de aquella expansión sus escasos requerimientos de capital inicial y es sobre éstos que se estimó dicha tasa. A su vez, sin duda el comercio va a ser copado por los mercaderes ingleses y la ganadería resultará la nueva actividad dinámica, pero no parece ser tan seguro que ello dé como único resultado el abandono de una actividad por otra (un «vuelco») quedando pendiente de verificación la importancia que tuvo para los ingresos y comportamientos de los terratenientes poscoloniales su participación en el circuito comercial y financiero, las modalidades con que se realizó y la participación de otras formas de ingreso como la renta urbana amén del que surgirá de la explotación ganadera<sup>44</sup>. En todo caso, la estructura de empresa familiar permitió mantener la conexión urbana de la cual la estancia dependía:

*«Estos actores sociales, nuevos en la escena rural, no permitieron que se agostaran sus raíces urbanas; no había razón para que lo hicieran cuando la gran ganadería encontraba su complemento natural en actividades mercantiles, financieras y de transporte basadas en la ciudad...»<sup>45</sup>*

El «vuelco» del comercio a la producción pecuaria no puede ser entonces exagerado y, si estas consideraciones son pertinentes, se hace preciso repensar, más que la calificación misma de terrateniente (para evitar cualquier tentación nominalista)

---

<sup>41</sup> Ello no se le pasa inadvertido como se puede ver en su reciente reseña del libro de J.C. Chiaramonte antes citado donde reconoce la fertilidad de este tipo de enfoque: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*, 3:6, 1992, pp. 182-185.

<sup>42</sup> 1969, p.35.

<sup>43</sup> *Clase*, p. 16.

<sup>44</sup> D. Balmori, S. Voss y M. Wortman, *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*, México, FCE, 1990.

<sup>45</sup> *Clase*, pp. 22-23 .

avanzar en precisión acerca **de qué tipo de terratenientes** se trata dando cuenta en ello de la complejidad tanto de la estructura provincial como del proceso mismo de su constitución como clase y de sus avatares. Ante todo, porque este proceso de cambio pareciera haber tenido una velocidad inusitada.

Esta velocidad suscita un problema complementario: la quiebra del orden mercantil colonial no crea, de suyo, un nuevo orden terrateniente. Ello se evidencia con claridad cuando verifica la cuestión de la modificación del status social de los hacendados, en la que se condensa lo sustancial de la transformación pues venía a modificar el papel del hacendado en la sociedad rural en su conjunto<sup>46</sup>. Conviene analizar con cierto detalle su argumentación. Halperin presenta una serie de momentos sucesivos siguiéndole el rastro a través de sus matizadas e inciertas modificaciones:

- 1º) Presenta su situación antes de la crisis revolucionaria y no podía sino expresar, todavía con cautela, lo que venía a ser —por entonces— una sustancial novedad historiográfica luego plenamente confirmada: la falta de primacía de los terratenientes en la campaña colonial.

*«Antes de la revolución es dudoso que los ganaderos fuesen el sector dominante en la campaña, cuyas jerarquías sociales y económicas cuentan todavía tan poco frente a las de la ciudad.»<sup>47</sup>*

- 2º) Luego, en su análisis de la situación durante la crisis revolucionaria, registra que esta posición no está aún suficientemente modificada:

*«Aún así los hacendados no han alcanzado, en la Buenos Aires de los años que van de 1816 a 1820, ese predominio económico-social que no les será luego disputado; el grupo mismo, por otra parte, no ha comenzado a renovarse en medida significativa por el ingreso de los sobrevivientes de las catástrofes que la riqueza urbana ha sufrido a partir de 1810.»<sup>48</sup>*

Pero hay aquí algo más: los cambios notorios en la esfera económica «tardan» en manifestarse en la sociopolítica y este no es justamente un rasgo nuevo sino un atributo de esta sociedad en la última fase colonial: «Una sociedad menos renovada que su economía»<sup>49</sup>. La clave de la cuestión está situada en el **grado de renovación** que presenta la composición de los hacendados y que tiene como resultado la aún in-

---

<sup>46</sup> EG, p. 71.

<sup>47</sup> RyG, p. 119 (subrayado nuestro).

<sup>48</sup> RyG, p. 120.

<sup>49</sup> RyG, pp. 52-77.

completa transformación del orden rural:

*«la ambigüedad de la situación de los hacendados, consecuencia de una transformación aún incompleta del orden económico de la campaña.»<sup>50</sup>*

3º) Sin embargo, la situación se habría modificado radicalmente en la década de 1820:

*«Pero la prosperidad ganadera no sólo afecta a la campaña; de ella depende cada vez más la de la ciudad cuyo comercio canaliza sus frutos. Y, entre ciudad y campaña, una clase terrateniente dotada desde el comienzo con fuertes raíces urbanas y enriquecida a partir de 1820 con nuevos reclutas provenientes de las clases altas de la ciudad, es ahora —ya sin ninguna duda— la primera de la provincia: comparte el poder económico con exportadores-importadores predominantemente extranjeros de la que no la separa ningún conflicto fundamental de intereses.»<sup>51</sup>*

Si se acepta esta presentación la velocidad del cambio es inusitada. El sutil manejo del encadenamiento de las coyunturas brinda una imagen plausible del proceso pero, sin embargo, el resultado parece ser más claro que el proceso mismo. Pero, si el problema se plantea en términos de formación de clase la dilucidación de dicho proceso adquiere centralidad y se abre un abanico de problemas: ante todo, quedan por verse los mecanismos de esta implantación hegemónica como los de constitución de una clase que como el mismo autor advierte no tiene un solo cauce sino que surge «del magma de las clases propietarias»<sup>52</sup>. Este **proceso de renovación de miembros de una clase que se está formando** convierte la cuestión del origen urbano de los grandes terratenientes en algo mucho más que el primer paso en una secuencia y su renovación se revela como un patrón permanente y define buena parte de sus atributos como clase terrateniente al tiempo que hace más complejos los alcances de esta categorización.

### 3. La estancia: ¿matriz de las relaciones sociales?

La centralidad de la estancia como espacio de constitución de las nuevas relaciones sociales ocupa un lugar problemático en los enfoques que ha suministrado Halperin del mundo rural bonaerense del siglo XVIII y XIX. ¿Qué imagen brindaba hace más de dos décadas? En primer término, para Halperin sólo tras la revolución la estancia adquirió la condición de principal centro productor y de factor decisivo de

---

<sup>50</sup> RyG, p. 121.

<sup>51</sup> RyG, p. 125.

<sup>52</sup> Clase, p. 21.

la comercialización<sup>53</sup>. En estas condiciones modificó su organización interna<sup>54</sup> y este proceso lo describió como el comienzo de un «proceso de modernización» acompañado por la implantación de un peculiar y limitado régimen de peonaje, en el que supuso una importancia cardinal del endeudamiento<sup>55</sup>. La novedad postrevolucionaria habría residido en la centralidad que adquirió la estancia como «núcleo social a la vez que económico de las tierras ganaderas» y que convirtió a los terratenientes en «jefes naturales de la sociedad ganadera» tanto en las zonas nuevas como antiguas<sup>56</sup>. A su vez, la tendencia al monopolio fundiario es presentada menos como la búsqueda de propiedades cada vez más extensas que como el intento constante de cortar desemboques al trabajo humano<sup>57</sup>. Este fue el núcleo de la nueva racionalidad empresarial, correlato —a nivel del control de la mano de obra— de la existencia de circuitos de comercialización que escapaban al control estanciero<sup>58</sup>. Esta conducta explica lo que es para Halperin un hecho central que resulta de la expansión: la mayor concentración de la propiedad que de la explotación, demostrando así que ella no devenía de necesidades emanadas del proceso técnico de producción<sup>59</sup> y la ausencia de concentración en grandes bloques homogéneos<sup>60</sup>. Su enfoque de la formación del latifundio pampeano lo alejaba así de una visión asentada exclusivamente sobre la noción de una racional asignación de recursos, aunque ello no estaba completamente descartado en su exposición; también tenía su lugar la situación de poder de la que emergía la clase en formación. Esta situación de poder explicaría el modo y la magnitud de concentración de la propiedad como los mecanismos para retenerla.

---

<sup>53</sup> HA, p. 180.

<sup>54</sup> EG, pp. 61-63.

<sup>55</sup> EG, pp. 66-67. La viabilidad misma de la noción de peonaje está en el centro de la cuestión. C. Mayo: "Estancia y peonaje en la región pampeana durante la segunda mitad del siglo XVIII", en *Desarrollo Económico*, 92, Bs.As., 1984; "El peonaje rural rioplatense: estudio de dos casos", *VIII Jornadas de Historia Económica*, Tandil, 1986; "Sobre peones, vagos y malentretidos: el dilema de la economía rural rioplatense durante la época colonial" y "¿Una campaña sin gauchos?", en *Anuario del IEHS*, 2, Tandil, 1987. La evidencia disponible no permite aceptar para el período colonial —que es cuando se lo ha estudiado sistemáticamente— que haya habido un proceso general de endeudamiento de los trabajadores que los atara a los establecimientos y no hay evidencia firme que lo haga suponer para la primera mitad del siglo XIX.

<sup>56</sup> HA, p. 180.

<sup>57</sup> RyG, pp. 35-36.

<sup>58</sup> Las recientes contribuciones al tema de la mano de obra en la campaña colonial si tienden a una convergencia es a expresar la estrecha relación entre las formas que adoptaba la circulación y la distribución del excedente rural y las dificultades para controlar satisfactoriamente a la fuerza de trabajo. Cf. la polémica entre Mayo, Amaral, Garavaglia y Gelman en el *Anuario del IEHS*, 2, Tandil, 1987 y la discusión entre J. Brown y R. Salvatore ("Trade and Proletarianization in Late Colonial Banda Oriental: Evidence from the Estancia de las Vacas", en *HAHR*, 3, 1987) con J. Gelman ("New Perspectives on an Old Problem and the Same Source: the Gaucho and the Rural History of the Colonial Río de la Plata", en *HAHR*, 69:4, 1989).

<sup>59</sup> EF, p. 66.

<sup>60</sup> EG, p. 71.

¿Hasta qué punto son nuevos los atributos de la estancia postrevolucionaria? Halperin desarrolló el primer estudio de caso de la historiografía argentina sobre el funcionamiento de una estancia colonial<sup>61</sup> y allí encontró anunciados muchos de los rasgos posteriores que tendría la estancia del boom ganadero. Este reconocimiento es sugestivo, dado el énfasis que ha puesto en destacar las novedades de la ruptura producida a partir de 1820 y que puede hacer perder de vista algo esencial que él mismo advierte: su inscripción en una historia más antigua, una continuidad de prácticas y un sustento en realidades previas que convierte en total novedad lo que tiene otro ritmo de constitución. Inevitablemente, dado el desarrollo por entonces de la historia agraria pampeana, este es uno de los aspectos menos claros de la exposición.

Pero, además, Halperin reconoció otros aspectos claves de aquella estancia colonial: que la agricultura formaba parte normal de sus actividades<sup>62</sup>. Pese a que seguía reconociendo el carácter monoprodutivo y el predominio absoluto de la producción ganadera, ello no le impidió advertir el carácter mixto de la producción de la estancia y la existencia de un amplio espectro de pequeña y mediana explotación ganadera:

*«la ganadería seguía siendo el centro de la vida económica de la campaña porteña. La estancia es el núcleo de la producción ganadera, que en ella se combina en casi todas partes con la agricultura cerealera [...] Junto con la estancia se da una más reducida explotación ganadera de dueños de tropillas y majadas sólo parcialmente sustentadas en tierras propias, que se manejan arrendando u ocupando baldíos.»<sup>63</sup>*

Y, sin embargo, este conjunto de observaciones renovadoras se enfrentaban con una noción muy arraigada de la que es partícipe: la incompatibilidad de la estancia con la estructura familiar rural, manifestación de la estancia como núcleo matriz de las relaciones sociales:

*«En la estancia, una población reunida solamente por la posibilidad de hallar trabajo, sin vínculos familiares ni afincamiento local.»<sup>64</sup>*

---

<sup>61</sup> "Una estancia en la campaña de Buenos Aires, Fontezuelas, 1753-1809", en R. Fradkin, *La historia agraria...*, ob. cit., I, pp. 45-65.

<sup>62</sup> EG, p. 62. Si alguna duda queda al respecto véanse los trabajos reunidos en R. Fradkin (comp.), *La historia agraria...*, ob. cit., y de J. C. Garavaglia, "La agricultura del trigo en las estancias de la campaña bonaerense: tecnología y empresas productivas (1750-1815)" y "Las chacras y las quintas de Buenos Aires. Ejido y campaña, 1750-1815", en R. Mandrini y A. Reguera (comps.), *Huellas...*, ob. cit., pp. 91-146.

<sup>63</sup> RyG, p. 35.

<sup>64</sup> RyG, p. 35.

Ahora bien, años después, analizando la situación en la década de 1860, cuestiona la imagen de una campaña constituida por un conjunto de estancias en las que se agolpa el grueso de la población y registra la existencia de un amplio espectro de productores ganaderos pequeños, medianos y por cuenta propia<sup>65</sup>. ¿En qué medida se trata de una profunda y reciente innovación en la estructura social rural? Importa advertir que su visión actual apunta a erosionar aquella imagen de la estancia y su poder de aglutinante social, ya lo había registrado para la campaña colonial y ahora también para la primera mitad del siglo XIX:

*«Desde el comienzo mismo del avance ganadero sobre una frontera despoblada [...], las estancias no habían desarrollado esas actividades suplementarias capaces de dotarlas de un grado considerable de autarquía tanto económica como social [...] La concentración obsesiva de la estancia en la producción de ganado hacía difícil que las relaciones de trabajo en ella marcasen por sí solas la índole de las relaciones sociales en la campaña.»<sup>66</sup>*

Esta modificación del lugar de la estancia le permite atender a un conjunto de fenómenos que su omnipresencia no permitía advertir. Por un lado, la de una serie de figuras sociales, verdaderos mediadores de la sociedad rural que ya le habían llamado la atención pero que ahora adquieren mayor significación. Por otro, recortar un escenario más complejo de la configuración de la campaña y de la incidencia en ella de la estancia:

*«Los transportistas compartían con los pulperos el control de los vínculos entre los trabajadores de estancia y el vasto mundo fuera de ella [...] El mismo progreso económico que estaba impulsando una centralización organizativa creciente en la estancia favorecía también la expansión y diversificación crecientes de las actividades económicas que transcurrían fuera de ella. Ya en la década de 1840 los fuertes emporios rurales de la campaña se transforman en pequeños pueblos en que florece un inesperadamente especializado comercio al menudeo...»<sup>67</sup>*

Entonces, se hace preciso repensar las consideraciones acerca de la imposibilidad que el régimen estanciero impondría a la presencia de familias rurales: los últimos desarrollos historiográficos demuestran que ello estuvo lejos de ser así y, paradójicamente, lo hacen siguiendo cursos ya señalados por Halperin aunque corrigiendo sus conclusiones. Las implicancias de estos aspectos para el estudio de la implantación de las nuevas relaciones de clase y la nueva hegemonía son obvias. A su vez, invita a reconsiderar las connotaciones atribuidas a determinadas categorías sin lo cual

---

<sup>65</sup> Hernández, pp. 257-258.

<sup>66</sup> Clase, pp. 39 y 40.

<sup>67</sup> Clase, pp. 40-41.

se corre el riesgo de opacar la complejidad y especificidad histórica de esta estructura agraria<sup>68</sup>.

¿Qué atributos le reconoce a la estancia? El planteamiento teórico del problema no lo atrae especialmente pero, no por ello, le es del todo indiferente. Su postura frente al debate de los modos de producción y la transición al capitalismo se inclina por plantear el problema en otro nivel:

*«El problema prefería plantearlo como el del surgimiento de empresas capitalistas en el sector productivo [...] Así redefinida la pregunta, creo que la respuesta es que hacia 1820 aparecen estancias que funcionan como empresas capitalistas en dos aspectos: 1) en cuanto usan trabajo asalariado libre; 2) en cuanto no tienen seria dependencia del capital mercantil o usurario. Pero eso es así no porque hayan acumulado considerablemente; el vigor de este surgimiento del capitalismo parece deberse sobre todo a la modestia de los requerimientos de capital. (Ya antes de 1820 se da lo primero, es menos claro que se dé lo segundo. Y hay que agregar que por el momento es un fenómeno porteño). La vinculación entre la consolidación del proceso y la instauración del rosismo me parece justa en cuanto el régimen rosista lo favorece.»*<sup>69</sup>

Esta respuesta refleja el tipo de conceptualización en que se inscriben sus estudios. La atención está puesta, básicamente, en detectar la racionalidad empresaria y en desentrañar el tipo de respuestas de los propietarios frente a los estímulos del mercado. Halperin enfatiza la lógica específica que rige el comportamiento del «empresario» agrario alejándose por completo de las visiones esencialistas que tendieron a atribuir los rasgos arcaístas de la estancia a un tipo peculiar de mentalidad<sup>70</sup>. Además revela la importancia que le asignaba a la estancia en la comprensión de la estructura económica y deja pocas dudas de la imagen de esa estancia que Halperin se había construido.

#### 4. Algo más que terratenientes y peones

Pero el nudo del problema se sitúa en la corrección operada en la visión omnipresente de la estancia. De todos sus rasgos uno le aparecía como cardinal: el impe-

---

<sup>68</sup> R. Fradkin: "¿Estancieros, hacendados o terratenientes? La formación de la clase terrateniente porteña y el uso de las categorías históricas y analíticas", en M. Bonaudo y A. Pucciarelli, *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones*, I, Bs. As., CEAL, 1993, pp. 17-58.

<sup>69</sup> T. Halperin Donghi: "Cinco respuestas sobre historia argentina", en *Punto de vista. Revista de cultura*, 3:10, 1980, p.3. En respuesta a la pregunta "¿Qué puede decirnos sobre la polémica entre feudalismo y capitalismo en la historia argentina? ¿Puede establecerse un momento de corte y de aparición del capitalismo? ¿Qué fuerzas sociales lo habrían promovido y en ese marco cómo ubica al rosismo?"

<sup>70</sup> EG, p. 28.

rio de «un inmitigado régimen de asalariado»<sup>71</sup>. Considerado a partir de la nueva evidencia, una perspectiva de este tipo no alcanza a registrar plenamente lo que hoy va apareciendo como un rasgo decisivo: la heterogeneidad de la composición de la mano de obra rural y la variedad de formas de trabajo a fines de la colonia y, aunque es mucho más escaso lo que se sabe sobre la primera mitad del siglo XIX<sup>72</sup>, ello suscita más de una pregunta. En parte el problema reside en que la tendencia a la generalización del trabajo asalariado no es la única que puede haberse presentado: por el contrario, ahora va quedando más clara la importancia de la esclavitud en la producción agraria y en la composición de los patrimonios rurales<sup>73</sup>; cómo se transformó esta tendencia durante el boom ganadero hasta ahora no ha sido explorado y todavía debe ser verificado que haya sido sólo a través del trabajo asalariado. A su vez, si de salario se trata habrá que verificar la persistencia de formas no muy «puras» constatadas para la fase colonial tardía, como las que Mayo propuso analizar para el período colonial con la noción de «salario arcaico»<sup>74</sup>, diferentes formas de «trabajo a destajo»<sup>75</sup> y de «salario en especie» que incluyen ganancia mercantil<sup>76</sup>. A su vez, dado que el salario rural rioplatense colonial estaba en buena medida monetizado, queda pendiente de dilucidación cómo lo afectó la escasez de circulante, la inflación y la introducción del papel moneda; ello, sin duda, es un aspecto que no tiene sólo una dimensión económica pero toda la relación salarial estaba sometida a una gama de imperativos sociales y normativos asentados en la costumbre.

En todo caso, la generalización del trabajo asalariado no opera como única fuerza en este campo de acción social. Desde esta perspectiva y considerando el mismo replanteo sobre la estancia, resulta preciso modificar la noción de un «inmitigado régimen de asalariado» y, sobre todo, evitar deducir de ello una asimilación entre asalariación y proletarianización. Este último proceso aparece todavía a mediados del XIX bastante limitado<sup>77</sup>.

---

<sup>71</sup> EG, p. 49.

<sup>72</sup> Distinta es la situación para el caso de la expansión del ovino: H. Sábato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890*, Bs.As., Sudamericana, 1989.

<sup>73</sup> Amaral ha sostenido que la fuerza de trabajo esclava era una opción conveniente frente a la carestía de la mano de obra contratada y que trabajo libre estacional y forzado permanente resultaban complementarios: "Producción y mano de obra en la estancia colonial. Magdalena, 1785-1795", mimeo, 1984.

<sup>74</sup> C. Mayo: "El peonaje rural rioplatense: estudio de dos casos", *VIII Jornadas de Historia Económica*, Tandil, 1986.

<sup>75</sup> E. Saguier, "El mercado del cuero y su rol como fuente alternativa de empleo. El caso del trabajo a destajo en las vaquerías de la Banda Oriental durante el siglo XVIII" en *Revista de Historia Económica*, IX:1, Madrid, 1991, pp. 103-127.

<sup>76</sup> J. Gelman, "Mercados...", ob.cit.

<sup>77</sup> H. Sábato y L. A. Romero: *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Bs.As., Sudamericana, 1992.

Hay, a su vez, otro aspecto que merece ser tenido en cuenta. La información disponible sugiere una importancia creciente del arriendo de tierras por lo menos hasta las primeras décadas del siglo XIX y la existencia de una arraigada tradición de arrendamiento y aparcería no sólo en el área de chacras y quintas sino también en la de estancias y en el propio desarrollo de la producción ganadera<sup>78</sup>. Ello no había pasado del todo inadvertido para Halperin aunque en su exposición tenía una importancia marginal<sup>79</sup>. Su relevancia reside —entre otros aspectos— en que Halperin había postulado que hasta 1810 los estancieros bonaerenses no habían llegado a convertirse en verdaderos rentistas<sup>80</sup>. Hoy se dispone de importantes elementos para matizar esta apreciación siempre y cuando se supere la asimilación entre la condición de terrateniente y la de estanciero y se incluya en el análisis el estudio de las chacras y de las quintas que producen para el abasto local; y sobre todo porque el rentismo aparece como un rasgo definitorio de la élite urbana aunque el peso de la renta agraria sea hasta fines de la colonia sólo un complemento de sus ingresos<sup>81</sup>.

El haz de preguntas que hoy pueden formularse desde un campo historiográfico claramente tributario de Halperin no debe llevar a eludir un reconocimiento decisivo. Una perspectiva temporal más larga que lo habitual para nuestro medio, le permite a Halperin incorporar algunas de las novedades recientes producidas por la historiografía para introducir nuevas claves en su explicación. Ahora, presenta un **nuevo rasgo distintivo de la campaña colonial: un peculiar equilibrio entre pequeña producción agrícola y gran propiedad ganadera**; a partir de aquí, profundiza el impacto de la transformación que acompaña a la revolución al advertir el

*«cambio radical en el mapa económico del Litoral y las Pampas, que vino a aflojar el lazo originario entre ganadería y pequeña agricultura.»<sup>82</sup>*

Entonces, las formas de pequeña producción tienen un nuevo lugar en la presentación de la campaña prerrevolucionaria, tanto que en la modificación de sus articulaciones estaría ahora una de las claves de la transformación; su persistente existen-

---

<sup>78</sup> R. Fradkin, "Producción y arrendamiento en Buenos Aires: la Hacienda de la Chacarita, 1779-1784", en *Cuadernos de Historia Regional*, 15, Luján, 1992, pp. 67-98; "Labradores del instante, arrendatarios eventuales. El arriendo rural en Buenos Aires a fines del siglo XVIII", en María M. Bjerg y Andrea Reguera (comps.), *Problemas de la historia agraria. Nuevos debates y perspectivas de investigación*, Tandil, IEHS, 1995, pp. 47-78; "Los arrendatarios de Buenos Aires a mediados del siglo XVIII", mimeo, 1994; C. Birocco, "Arrendamientos rurales en la primera mitad del siglo XVIII", en Gresores, G. y Birocco, C.: *Arrendamientos, desalojos y subordinación campesina. Buenos Aires, siglo XVIII*, Bs.As., 1992.

<sup>79</sup> RyG, pp. 31-32.

<sup>80</sup> EG, p. 43.

<sup>81</sup> R. Fradkin: "Los comerciantes...", ob. cit.

<sup>82</sup> *Clase*, pp. 14-15 (el subrayado es nuestro).

cia hacia mediados del siglo XIX implica un rasgo de la estancia en esas dos fases: muchos productores no eran integrables a los marcos de la estancia, al menos del *modelo* de estancia que antes se reconocía. Lo que cabe indicar es que estas formas no se restringen a la pequeña agricultura sino que tienen peso significativo en la producción ganadera. Se trata, entonces, de un conglomerado diverso de pequeños criadores entre los cuales se ha postulado la existencia de «campesinos pastores». Desde que Garavaglia sostuvo por primera vez la hipótesis de la existencia de un campesinado rioplatense colonial, mucho es lo que se ha avanzado en este sentido a pesar de las resistencias que todavía presenta su aceptación. Sería superficial reducirlo a una cuestión de términos: la inexistencia de un campesinado era uno de los puntos centrales de toda una conciencia histórica forjada en torno a la «excepcionalidad» de la historia pampeana y argentina en su contexto latinoamericano. Para nuestro tema tiene una importancia decisiva: la noción de una poderosa clase terrateniente que no hubo de enfrentar la presencia de una masa campesina ha estado muy arraigada y la aceptación o no de la hipótesis campesinista incide también en la visión que se tenga del modo de ser de la clase terrateniente. En este sentido, pese a todas las modificaciones, la visión de Halperin, al respecto, no ha variado demasiado:

*«durante esta etapa formativa, mientras en las pampas argentinas es fácil ubicar a los terratenientes, a los campesinos no se los encontrará en ninguna parte.»<sup>83</sup>*

Pero el hecho es que la hipótesis campesinista ha ganado en consistencia al comprobarse la existencia generalizada de formas de pequeña producción, al ponerse de relieve su incidencia en la inestabilidad de la fuerza de trabajo contratada y al constatarse su integración al mercado no sólo como vendedores de fuerza de trabajo sino también de los productos generados en sus explotaciones domésticas. A su vez, los estudios demográficos han demostrado la existencia de un patrón generalizado de familias rurales de tipo nuclear de tamaño reducido<sup>84</sup>. Sin embargo, si se ponderan aspectos claves como el de la subordinación y el de las posibilidades de «capitalización», la evidencia tiene también otra lectura posible: pese a los efectos desbloqueadores que esta hipótesis ha tenido puede resultar hasta demasiado simplificadora para dar cuenta del conjunto de heterogeneidades de esta sociedad rural y poco se habría ganado si la imagen simplificadora de una campaña compuesta sólo por estancieros y gauchos fuera sustituida por otra de sólo terratenientes y campesinos.

---

<sup>83</sup> *Clase*, p. 13.

<sup>84</sup> J. Gelman, "Formas de explotación agraria y estructura de la población en un medio rural colonial: el Río de la Plata a fines del siglo XVIII", mimeo, 1992 y J.C. Garavaglia y J.L. Moreno, *Población...*, ob.cit.

Dado que la existencia de esta pequeña producción —campesina o no— implica una disputa por el control de los recursos, la mano de obra y los mercados, ello permite comenzar a registrar un eje de conflictos sociales agrarios entre terratenientes y otros grupos sociales que no se desarrollan sólo en los marcos de la relación de conchavo o de la percepción de rentas y sugiere la significación de una serie de actores sociales que operan de modo independiente a la estancia. El estado actual de los conocimientos hace vislumbrar que la campaña bonaerense ofrecía a fines de la colonia una gama de posibilidades de desenvolvimiento y que una «vía de desarrollo» basada en la pequeña y mediana producción puede haber sido obturada y limitada en sus posibilidades con posterioridad a la crisis de la independencia, aunque quizás no necesariamente extinguida. Ello no puede ser visto sólo desde la óptica de la «asignación racional de los recursos»: supone una profunda transformación de la correlación de fuerzas sociales y el establecimiento de nuevas y más sólidas relaciones de clase. Es cierto que la expansión fronteriza debe haber operado como «válvula de escape» a las tensiones sociales que tamaña transformación podía traer consigo. Pero ha sido el mismo Halperin el que recuperó al primer plano del análisis algunas de las manifestaciones de esas tensiones y, al hacerlo, introdujo el término de «campesino» para nominar a los pobladores rurales. Su utilización, hace más de veinte años, no suscitó mayor controversia, quizás porque no tenía en su exposición un sentido categorial. Lo sugerente es que lo incluyó para describir una de las escasas situaciones de convulsión social constatada en la campaña bonaerense, lo que llamó «el alzamiento campesino de 1829» que «cambia el destino de la provincia y el país»<sup>85</sup>. La heterogeneidad de la composición del movimiento así como las formas de acción desplegadas en una coyuntura especialmente crítica, indican la magnitud de problemas que debía afrontar la implantación de la hegemonía terrateniente. Pero, a su vez, la misma evidencia disponible permite pensar que la posibilidad de absorber estas tensiones y la ausencia de serios conflictos de clase en el mundo rural incidieron en el bajo «perfil de clase» que ofrece esta clase terrateniente en formación<sup>86</sup>. Pero, ¿de dónde emanaban estas posibilidades?

## 5. Clase terrateniente y poder político

Si en un aspecto es especialmente rico y sugerente el análisis de Halperin es en las complejas relaciones entre la clase terrateniente, la élite política y el estado. Sus

---

<sup>85</sup> HA, p. 262. Un estudio posterior siguió esta huella: Pilar González, "El levantamiento de 1829: el imaginario social y sus implicaciones políticas en un conflicto rural", en *Anuario del IHES*, 2, Tandil, 1987, pp. 137-176.

<sup>86</sup> R. Fradkin: "Vecinos, forasteros y extranjeros: las élites locales coloniales y su identidad social (Buenos Aires a fines de la era colonial)", en S. Murphy (comp.), *El otro en la historia: el extranjero*, Bs.As., FFyL, 1995, pp. 123-147.

argumentos cuestionan una imagen reduccionista de la articulación entre clase y poder político, sitúan con claridad la centralidad que el problema tiene para él en su reconstrucción de la historia argentina e implican, de suyo, la posibilidad de ajustar la misma noción de hegemonía terrateniente:

*«El argumento que trataremos de desarrollar aquí es que esa noción del papel político de la clase terrateniente no sólo era totalmente irrelevante a la Argentina de 1940, sino desde el comienzo mismo había ofrecido una imagen demasiado simplificada y engañosa para que hiciese plena justicia a las peculiaridades del orden sociopolítico madurado a la sombra de la prosperidad exportadora.»<sup>87</sup>*

Para Halperin la relación entre la clase y el estado postrevolucionario es «a la vez íntima y ambigua» y se define en aquella coyuntura decisiva que sigue a la revolución: obedece, ante todo, a

*«la consolidación precoz de un estado comparativamente desarrollado y complejo, ya completada cuando esa nueva clase surgió a la luz.»<sup>88</sup>*

La precoz madurez del estado («ese ambivalente asociado de las clases terratenientes») hizo aún más decisivo el vínculo que la clase terrateniente iba a mantener con él a lo largo de toda su historia y la data —sin vacilación— a partir de 1820<sup>89</sup>. Como consecuencia, podría decirse que la clase terrateniente se moldea a través de la íntima relación con el estado, a tal punto que presenta la misma consolidación de la clase como parte del programa estatal<sup>90</sup>. El resultado de estos desarrollos recientes viene a corregir en parte los énfasis de veinte años atrás: antes que la clase, el actor lúcido dotado de conciencia y programa es, ahora, el estado provincial o, en todo caso, la élite política; ni uno ni otra se atuvieron al papel de agentes totalmente subordinados:

*«ya desde la etapa formativa de esta relación, el estado era demasiado poderoso y la clase política demasiado independiente para que ambos se atuviesen indefinidamente al papel de agentes totalmente subordinados de las clases propietarias...»<sup>91</sup>*

Estos desarrollos no son todos nuevos: un rasgo clave que ya había subrayado como legado de la revolución era la separación entre los dueños y los administrado-

---

<sup>87</sup> *Clase*, pp. 12-13 (el subrayado es nuestro).

<sup>88</sup> *Clase*, p. 18.

<sup>89</sup> *Clase*, p. 21.

<sup>90</sup> *Clase*, p. 23.

<sup>91</sup> *Clase*, p. 6.

res del poder aunque advertía que, justamente en Buenos Aires, esta separación era más atenuada que en las provincias<sup>92</sup>, aunque puede advertirse que la élite es ahora nominada directamente como clase política. Su nueva formulación sugiere correcciones a algunos de sus planteos anteriores. Por ejemplo, Halperin había postulado la construcción de «feudos electorales» como una de las bases de la inserción terrateniente en el poder político provincial como resultado de la reforma electoral de los años 20:

*«El sufragio universal, que teóricamente pone a la oligarquía gobernante a merced de la plebe urbana que le es hostil, encuentra su correctivo (aparte de los amañeos electorales) en la existencia de feudos electorales en la campaña que serán seguros para la oligarquía gobernante mientras los hacendados así lo quieran»<sup>93</sup>*

Ahora, en cambio, la misma reforma es invocada para indicar la fortaleza de la élite política gobernante

*«Aunque proclamaba su identificación total con las clases propietarias, la élite política mantenía celosamente su control directo de las bases formales del poder, que se situaban fuera de ella [...] En la campaña la ausencia de una politización previa de intensidad comparable a la de las masas urbanas aseguraba a las fuerzas del orden un predominio electoral indisputado, pero aun allí la influencia directa de las clases terratenientes era coartada porque la ley de elecciones la organizaba a toda ella como un solo distrito electoral»<sup>94</sup>*

Esta nueva perspectiva (que no le hace olvidar los límites de tal autonomía relativa —si se nos permite la expresión— y que reconoce al interés corporativo como el único límite de la libertad de acción con que contaba la facción dominante) brinda un cuadro sustancialmente modificado del peso relativo de los actores.

Algo semejante puede decirse con respecto a la ampliación del dominio estatal en la campaña en sus esferas civil, militar y policial: ahora es mostrado, inclusive, como elementos de control que se ejercen aún sobre la misma clase (definida como una «aliada cautiva» del régimen rosista) en especial después de 1839<sup>95</sup>. El hecho es que el análisis de la implantación del estado en la campaña es un problema pendiente que recién comienza a ser tematizado, y sólo se dispone de evidencia muy fragmentaria; ella sugiere que la construcción de poder estatal en la campaña hubo de hacerse sobre la base de su enraizamiento en una compleja trama de relaciones socia-

---

<sup>92</sup> RyG, pp. 400-401.

<sup>93</sup> EG, p. 55.

<sup>94</sup> Clase, p. 25.

<sup>95</sup> Clase, p. 28.

les previas que le sirvieron de sustento pero, quizás, también de restricción<sup>96</sup>. La mirada de Halperin indica el nudo de los problemas pendientes a dilucidar. Es que el accionar sociopolítico de esta «clase en buena parte improvisada de grandes terratenientes», como perspicazmente la define, expresa su composición. Dice:

*«Si la clase terrateniente sólo estableció en fecha tardía su presencia corporativa en la esfera pública, ello no se debió tan sólo a que su situación de beneficiaria principal de una política universalmente aceptada era reconocida, aunque sin entusiasmo, como inevitable. Influyó por añadidura la circunstancia de que la clase terrateniente sólo iba a surgir de modo lento y gradual del magma de las clases propietarias; es apenas exagerado afirmar que esa clase era más que la beneficiaria, la criatura de la expansión exportadora, y que su ascenso se dio en el marco de una sociedad rural tan hondamente reestructurada en el curso de esa expansión que también ella puede considerársela criatura de ésta.»<sup>97</sup>*

Desde la perspectiva más reciente de Halperin la clase no es por cierto una portadora de nuevas relaciones sociales ni, tampoco, el sujeto por excelencia del proceso de cambio sino su resultado primordial. Una «fuerza» parece, sino moldearla, al menos establecer las bases primordiales de su conformación: el estado. Esta percepción de la clase como criatura del proceso de cambio, sometida a una relación tan «íntima y ambigua» con el Estado que en el período rosista se convierte en su «aliada cautiva» no es la que Halperin tuvo siempre sobre ella<sup>98</sup>. Hace más de veinte años sostenía:

*«A través de estos estudios la clase terrateniente aparece no sólo como la beneficiaria principal –dentro del país– de la expansión basada en el aumento de las exportaciones; surge, en medida importante, como directora, en buena parte conciente, de ese proceso, como capaz de fijarse una estrategia a corto plazo y un conjunto de objetivos a plazo más largo, que supone una imagen muy lúcida de sus posibilidades y oportunidades*

---

<sup>96</sup> Cf. D.N. Marquiegui, *Estancia y poder político en un partido de la campaña bonaerense (Luján, 1750-1821)*, Bs.As., Biblos, 1990; C. Cansanello, "Domiciliarios y transeúntes en el proceso de formación estatal bonaerense (1820-1832)", en *Entrepasados. Revista de Historia*, IV:6, Bs.As., 1994, pp. 7-22; C. Mayo y A. Latrubesse, *Terratenientes, soldados y cautivos: la frontera (1736-1815)*, Mar del Plata, UNMDP, 1993. R. Slatta, "Rural Criminality and Social Conflict in Nineteenth-Century Buenos Aires Province", en *HAHR*, 60:3, 1980, pp. 450-472 y *Los gauchos y el ocaso de la frontera*, Bs.As., Sudamericana, 1985; R. Salvatore, "Autocratic State and Labor Control in the Argentine Pampas, 1829-1852" en *Peasant Studies*, 18:4, 1991, pp. 251-278 y "Reclutamiento militar, disciplinamiento y proletarianización en la era de Rosas", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, 5, Bs.As., 1992, pp. 25-48.

<sup>97</sup> *Clase*, p. 21 (el subrayado es nuestro).

<sup>98</sup> En la introducción a la primera parte ("Las raíces históricas") de la compilación realizada junto a T.S. Di Tella: *Los fragmentos...*, ob. cit. y que lleva un sugerente subtítulo: *De la oligarquía a la poliarquía argentina*. Esta primera parte reúne un conjunto de estudios que abarcan el conjunto del siglo XIX.

*como grupo económico-social.»<sup>99</sup>*

Como se puede observar ha habido un cambio sustancial de perspectivas: en los 60, la clase terrateniente era presentada como «beneficiaria principal» pero también como la «directora en buena parte conciente» del proceso de cambio; es decir, un actor histórico conciente («una clase que no sólo es dominante sino también dirigente»<sup>100</sup>). Pero, en los 90, la clase es el resultado del proceso de cambio (recordemos: «es apenas exagerado afirmar que esa clase era más que la beneficiaria, la criatura de la expansión exportadora»). En esta transición de la clase como directora del proceso de transformación a la clase como criatura de dicho proceso algo se mantiene y se refuerza: la impronta de una coyuntura temporal que suscita una transformación de profundas y arraigadas consecuencias estructurales. Pero algo cambia y se introduce: quien adquiere una nueva función es ante todo el estado como actor.

Hay, además, otro cambio significativo: la extensión de los tiempos constitutivos de la clase y, por lo tanto –agreguemos–, de la hegemonía de clase. En su estudio sobre José Hernández, muestra cómo la tardía estructuración corporativa de esta clase terrateniente se debe tanto a que hasta entonces no había necesitado definir un marco ideológico para sus acciones, como a que el surgimiento de una élite corporativa debe afrontar el desafío no sólo de defender y representar a la clase sino

*«que tienen que revelar a esa clase cuáles debieran ser sus aspiraciones [por lo tanto] más que órganos de expresión de la conciencia de su clase, se ven a sí mismos como un sucedáneo hecho necesario por la incapacidad de esa clase para elaborar una conciencia de sí misma y de su situación»<sup>101</sup>*

Esta inesperada e irónica mirada en clave leninista de la relación entre élite y clase,

*«necesariamente ambivalente que se da entre una vanguardia y una masa que no parece advertir del todo hasta qué punto necesita de su guía»,*

permite observar con mayor precisión el enfoque halperiniano de la constitución de la clase terrateniente y el importante deslizamiento temporal y conceptual que en él se ha operado. ¿Por qué? Ante todo, porque queda abierto uno de los aspectos menos tratados por la historiografía del período: un enfoque de la constitución histórica de las clases que supere una visión que la restringe a comprobar su existencia como dato estadístico o al reconocimiento de una identidad objetiva de intereses. Su-

---

<sup>99</sup> Id., p. 15 (el subrayado es nuestro).

<sup>100</sup> Id., p. 17.

<sup>101</sup> Hernández, p. 225.

pone, en cambio, la necesidad de un estudio que revele las formas y mecanismos mediante las cuales se constituyó la clase y a la experiencia histórica realizada: sus formas de acción social y de construcción de su identidad como grupo<sup>102</sup>. Algunos de estos aspectos fueron cobrando interés en sus escritos: por ejemplo, en esos términos es interpretada la «experiencia» de la clase frente al Estado en el año 1839<sup>103</sup>, o el valor que le otorga a la autoidentificación de la élite y de sus miembros<sup>104</sup>.

## 6. ¿Clase o élite?

Ahora bien. Halperin postuló que la hegemonía terrateniente —una hegemonía de clase— sustituyó a la hegemonía mercantil —la de una élite—. Llegado a este punto el lector puede observar cierta ambigüedad terminológica. Pero ella no es tan acusada si se acepta que la noción de clase con la que opera Halperin se acerca muchas veces más a la noción weberiana de «clase económica» que la que puede encontrarse en la tradición marxista de «clase social». De allí la incidencia de la noción de «sector dominante» mediante el cual termina por asimilar un sector de la economía con un grupo social que en él domina y del que, de algún modo, emerge. En definitiva, una élite sectorial. Por ello, en su enfoque no pueden dejar de reconocerse postulados cercanos a la llamada teoría de las élites: la transformación —ya se vio— es presentada como resultado de una reorganización del «equilibrio interno de los sectores dominantes», es decir un proceso que evoca lo que se ha llamado la circulación de élites. El enfoque por sector de actividad y la apelación a la teoría de las élites resultan así complementarios. La metamorfosis de una élite letrada en élite (¿o clase?) política es congruente con este enfoque en el cual los modelos y las apelaciones teóricas son más implícitas que confesos y buscan respaldo, ante todo, en la historia misma:

*«La noción de que la élite colonial se legitima como élite letrada no es una noción mía, es una noción que la élite tenía de sí misma»<sup>105</sup>*

---

<sup>102</sup> Desde esa perspectiva, por ejemplo, el gremio de hacendados coloniales no llegó —como a veces se postula— a expresar la maduración de una clase social, ni siquiera en un nivel económico corporativo (cf. W. Ansaldi, "Notas sobre la formación de la burguesía argentina, 1780-1880", en E. Florescano (coord.), *Orígenes de la burguesía en América Latina, 1700-1955*, México, Nueva Imagen, 1985, pp. 517-586); R. Fradkin, "El gremio de hacendados en Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XVIII", en *Cuadernos de Historia Regional*, 8, Luján, UNLu-EUDEBA, 1987, pp. 72-96.

<sup>103</sup> *Clase*, p. 28.

<sup>104</sup> *Clase*, p. 23; y R. Hora y J. Trímboli, *Pensar...* ob. cit., p. 42.

<sup>105</sup> *Ibid*, p. 42.

Halperin opera simultánea e indistintamente con las nociones de una élite regional y de varias élites especializadas. Las sociedades del interior son presentadas como dominadas por un grupo al que se alude con una categoría netamente histórica (la gente decente) aunque advierte que

*«si bien no es posible identificar al grupo de la gente decente con el sector económicamente dominante, éste tiene el predominio dentro de aquél»* <sup>106</sup>

Las sociedades urbanas del litoral son descritas en base a otra nomenclatura: «sector alto», «sectores intermedios», «sector dependiente»<sup>107</sup> en los que distingue dos secciones: a) «los sectores económicamente dominantes» y b) «las altas dignidades administrativas»; pero al analizar a los «dominantes» éstos se convierten en la «alta clase comercial porteña»<sup>108</sup>. Puede verse el uso indistinto por momentos de los términos de clase y élite. Ello parece resultado de esta primacía de la noción de sector absorbida de los estudios de estratificación social que signaron el encuentro entre historia y sociología en la Argentina de los sesenta; él mismo ha recordado los signos de aquella renovación historiográfica de la que formó parte sustancial: una relación de inferioridad con la sociología y un contenido definido por la mezcla de escuela de *Annales*, neomarxismo y aportes de las ciencias sociales anglosajonas<sup>109</sup>.

El problema se plantea ante una conclusión central como es la que postula el pasaje de la hegemonía mercantil a la terrateniente, pues el cambio que se reconoce es mucho más abarcador que una renovación de los miembros de la élite o, inclusive, una sustitución de élites: **implica una transformación de tal magnitud que impone el dominio de un grupo social de naturaleza histórica diferente y con ello de un modo sustancialmente diferente de ejercicio de la hegemonía y un carácter diferente de dicha hegemonía.**

Si esta impronta del enfoque elitista puede provenir —al menos en parte— de la influencia de Braudel, se apoya también en la teoría social: no es casual que en sus objetos de interés estén muy claramente situados los intelectuales y, en especial, la aparición histórica de los intelectuales modernos. Para ello apela a originales modos de abordaje junto a un cuidadoso conocimiento de las teorías sociales más significativas, quizás más influyentes de lo que le gustaría reconocer<sup>110</sup>. La historia de la formación y mutación de las élites recorre todo el itinerario de su obra y define uno de

---

<sup>106</sup> RyG.

<sup>107</sup> RyG, p. 60.

<sup>108</sup> RyG, p. 61; HA, pp. 155 y 158.

<sup>109</sup> "Reportaje a Tulio Halperin Donghi. Enseñanza y práctica de la historia", en *Punto de vista. Revista de cultura*, VI:18, 1983, p. 29.

<sup>110</sup> Entre sus primeros estudios están un análisis de la Historia de la Universidad de Buenos Aires, un estudio de la tradición política de la revolución o una obsesión recurrente: D.F.Sarmiento (cf. "Sarmiento: su lugar en la sociedad argentina post-revolucionaria", en *Sur. Revista semestral*, N° 341, Bs.As., 1977, pp. 121-135.

sus modos de acceso a la realidad social histórica. La cuestión es que ellas refieren a la formación de clases y el cambio hegemónico postulado revela la **centralidad de las clases** en su exposición del período. Esta deviene en parte del «clima de ideas» –para utilizar uno de sus giros– en que estos textos fueron escritos y, también, de los influjos de las tradiciones sociológicas que los informaban, un entrecruzamiento que está en la base misma de su capacidad de renovación historiográfica y en las características que adopta. Pero leída su exposición desde esta perspectiva puede reconocerse una tensión que la recorre: el análisis en términos de élites o de clases no son fácilmente compatibles entre sí. Los enfoques desde las élites o desde las clases tienden a responder preguntas y suscitarse cuestiones de diferente índole pero que, desde el punto de vista del fenómeno histórico mismo, son –hasta cierto punto al menos– congruentes, pues su cotejo pone de relieve sus diferencias pero también las carencias de cada uno. Dar cuenta de esta congruencia supone transitar por un sendero plagado de heterodoxias, por cierto.

Un cierto grado de ambigüedad y de imprecisión puede no hacer más que eludir el problema. De este modo, la argumentación de Halperin ofrece un escenario ocupado indistintamente por élites o clases mentadas en singular y en plural. Cuando de clases se trata se alude tanto a la clase propietaria o terrateniente –también en singular o plural– y, a veces, aparece la noción de clase dominante. ¿Qué lugar ocupa la (las) clase(s) terrateniente(s) en el conjunto de la (las) clase(s) propietaria(s)? En esto, el enfoque de Halperin no deja lugar a dudas y quizá convenga desagregar esta precisión.

En primer término, la clase propietaria aparece clara y anteriormente diferenciada del conjunto social «con la terrateniente en su núcleo»<sup>111</sup>. En segundo término, Halperin ha ido extendiendo el proceso formativo de la clase y sus tiempos de constitución: si la ve surgir de modo lento y gradual desde principios del siglo XIX «del magma de las clases propietarias» recién termina por verla conformada como el núcleo de éstas hacia 1912, cuando la puede presentar como que «ha llegado finalmente a constituirse [...] en el primer estamento del reino»<sup>112</sup>. Durante esa larga marcha, otro fenómeno signa su existencia: «el intermitente conflicto entre la élite política y las clases propietarias nucleadas en torno a la terrateniente»<sup>113</sup>.

Esta ubicación nuclear es para Halperin decisiva. Sus comentarios a una compilación de trabajos sobre los orígenes de las burguesías argentina y uruguaya permiten advertir varias de sus implicancias y los problemas claves sobre los que el enfoque de Halperin concentra su atención<sup>114</sup>. Así, con respecto al artículo de R. Jacob

---

<sup>111</sup> *Agonía*, p. 27.

<sup>112</sup> *Clase*, pp. 21 y 42.

<sup>113</sup> *Clase*, p. 45.

<sup>114</sup> "Introducción", en E. Florescano (coord.), *Orígenes...*, ob. cit., pp. 447-458.

sobre la formación de la burguesía uruguaya<sup>115</sup> observa:

*«El camino hacia la explotación capitalista de la campaña no queda totalmente expedito ni aun cuando –luego del surgimiento del militarismo– el Estado pone a su servicio toda su fuerza represiva. Es que el desgajamiento de una clase hacendada de esa élite que participa sin duda de la explotación del campo, pero cuyo núcleo de actividades económicas es mercantil, no se ha completado»<sup>116</sup>*

Hay aquí un verdadero contrapunto con el caso porteño y una explicitación de un criterio de clase para diseñar el cuadro de posiciones y relaciones: en Uruguay el desgajamiento del «magma de las clases propietarias» no se ha completado y, en consecuencia, su núcleo tiene otra naturaleza. Del mismo modo, su elogioso comentario del trabajo de S. Socolow<sup>117</sup>, no deja de advertir que la autora no indaga cuáles fueron los mecanismos mediante los cuales el grupo mercantil porteño logró adquirir una posición dominante en la economía virreinal y qué estructuras económicas hacían posible reiterados procesos de acumulación<sup>118</sup>. La perspectiva halperiniana se emparenta así con el análisis de clases, de un modo tal que las posiciones y los perfiles de clase tienen directa relación con el modo de acumulación de cada grupo y es éste, en definitiva, el que define la naturaleza de su núcleo y establece las distinciones de clase.

Sin embargo, Halperin no apela a nociones como bloque dominante o alianza de clases para aludir a las relaciones entre estos grupos y clases: prefiere, en cambio, ofrecer una imagen de conglomerados diversos y cambiantes –que evoca la noción braudeliana de la sociedad como conjunto de conjuntos– donde lo que sí le interesa es precisar su núcleo. El problema no es tanto el de la ambigüedad. Más importante es que, desde su perspectiva ello no puede ser escindido del mundo de la política y, por lo tanto, de las relaciones entre clases y élites. Sus observaciones sobre el artículo de Ansaldi en la misma compilación permiten advertirlo: en principio, apunta a precisar el contorno de la configuración de clases:

*«Para Ansaldi la solución [se refiere al conflicto político que remata en el 80] se alcanza mediante la conquista de la hegemonía por una alianza de las clases terratenientes de Buenos Aires, Córdoba y Tucumán. Esta interpretación no parece totalmente satisfactoria; es en particular la posición atribuida a la porteña la que resulta discutible. Sin duda, ella es el núcleo de las clases dominantes argentinas, pero su apatía termina por desesperar a cuantos se han asignado el papel, que esperaban rendidor, de vo-*

---

<sup>115</sup> "Consideraciones acerca de la formación económica de Uruguay, 1726-1930", en *ibidem*, pp. 459-498.

<sup>116</sup> *Idem*, p. 448 (el subrayado es nuestro).

<sup>117</sup> "La burguesía comercial de Buenos Aires en el siglo XVIII", *idem*, pp. 499-514.

<sup>118</sup> Página 454.

*ceros y representantes suyos en la arena política»<sup>119</sup>*

En segundo lugar, pone de relieve las dificultades de un enfoque reduccionista de la lucha política:

*«Esa caracterización de la base porteña del roquismo [...] acaso no toma suficientemente en cuenta el peso creciente de las mediaciones políticas entre grupos socioeconómicos que es, sin embargo, una de las consecuencias del peso también creciente ganado por el mismo Estado en un proceso que Ansaldi esboza con trazos seguros. Así, presentar al general Roca como el representante político de la clase terrateniente tucumana, es ofrecer una imagen parcialmente distorsionada tanto de su base de poder e influencia, como del sistema de lealtades políticas que lo orienta»<sup>120</sup>*

De este modo, el lugar social de la clase terrateniente porteña adquiere una centralidad absoluta en su razonamiento y sus relaciones con élites y otras clases propietarias es el fenómeno decisivo. Pero hay algo más: su enfoque incluye lo que podría denominarse la visibilidad de la existencia de clase. Ya se vio que a lo largo de su obra fue extendiendo los tiempos constitutivos de esta clase y que hacia 1912 lo considera acabado; pues bien, será en las vísperas del primer peronismo cuando

*«la distancia entre los integrantes de los distintos grupos sociales (excepto la que separaba a la clase propietaria, con la terrateniente en su núcleo, de todas las demás) y la adscripción a éstos había podido aún ser vista como un dato provisional: en el momento mismo en que la sociedad argentina se descubría dotada de un firme perfil de clases, un inesperado vendaval político introducía una torsión violenta en las relaciones entre las clases.»<sup>121</sup>*

Su perspectiva de clase es, entonces, una que privilegia la dimensión política de su existencia social y oscila entre privilegiar los componentes *objetivos* de su constitución (como su modo de acumulación, por ejemplo) y sus dimensiones *subjetivas* (desde las percepciones sociales de su existencia a las autoidentificaciones). La ampliada perspectiva temporal que ha ido desarrollando del problema lo acercan a un enfoque que da cuenta no sólo de la conformación de una clase sino de lo que ha sido denominado el establecimiento de un principio de estructuración social de clase.

Vistas las cosas de este modo, cuando su exposición adquiere formas más analíticas que cronológico-narrativas algunos problemas se hacen más evidentes y es plenamente consciente de ello:

---

<sup>119</sup> Página 449 (el subrayado es nuestro).

<sup>120</sup> *Idem*, p. 450.

<sup>121</sup> *Agonía*, p. 27.

*«Ello impone renunciar a una de las facilidades que hacen atractivo al historiador el esquema narrativo-cronológico: en él la imagen del proceso examinado se apoya en juicios implícitos pero muy precisos acerca de la jerarquía de los actores y fuerzas cuyos acuerdos y discordias confirieron a ese proceso su particular dinamismo; puesto que esos juicios permanecen implícitos escapan a cualquier análisis crítico directo y reciben su validez de la fuerza persuasiva de la narración que en ellos se apoya; cuando se renuncia a hacer de la narración cronológica el eje unificador de la reconstrucción histórica, esos juicios se tornan en cambio explícitos, y con ello ponen en descubierto lo que necesariamente tiene de discutible»<sup>122</sup>*

Dicho de otro modo, ponen de relieve la relación y las tensiones entre historia y teoría social.

## **7. Conclusión: ¿volver a las clases?**

Es presumible que todavía la historia postrevolucionaria de los terratenientes nos depare más de una sorpresa. Los problemas pendientes y las nuevas preguntas que pueden hoy formularse abren camino a un conjunto de investigaciones empíricas. Pero también invitan a su replanteo desde una historia más teóricamente informada. Si una de las claves de la renovación historiográfica de los 60 –y de la cual la obra halperiniana es uno de los mejores exponentes– estuvo en una profesionalización creciente del trabajo del historiador, otra estuvo en un cruce de caminos y tradiciones teóricas y disciplinarias hasta ese entonces casi inexplorado. La primera de estas claves, tres décadas después, se ha afirmado y forma parte ya del sentido común del ejercicio de la profesión en nuestro medio; la segunda, en cambio, aparece hoy bastante minusvalorada y cabe preguntarse qué efectos está generando sobre aquélla. Porque en la teoría social se han producido y se están produciendo importantes renovaciones de enfoques y entrecruzamiento de perspectivas antes impensables que se sustentan en una apertura de la tradición marxista hacia temas weberianos –una vez que se ha despojado del lastre del dogmatismo y superados los límites de su versión estructuralista–; y, a su vez en la introducción en los estudiosos que provienen de una matriz weberiana de «típicos» temas y problemas del marxismo, posible por la quiebra de la hegemonía ostentada por la lectura parsoniana de Weber. Existe, en consecuencia, una convergencia de temas y problemas que, al menos, abren la posibilidad de entablar un diálogo que sea algo más que una superposición de monólogos. Importa destacar que uno de los campos más fértiles de este encuentro crítico de tradiciones sociológicas es justamente el campo de la historia<sup>123</sup>. Pero también que uno de los temas en los que se evi-

---

<sup>122</sup> Agonía, p. 10.

<sup>123</sup> En particular el de la sociología histórica: cf. el volumen dedicado por *Zona Abierta*, 58/59, 1991, al te-

dencia más claramente la renovación es en el análisis de las clases.

Pero el estudio de las clases suele afrontar la dificultad de no otorgar dinamismo a su análisis y dar cuenta de la acción social. Frente a ello, han surgido en las últimas décadas varias vertientes que intentan resolverlo. En el campo historiográfico cabe destacar la historia social desarrollada en el cauce abierto por E.P. Thompson o la microhistoria italiana. En el campo de la teoría social, la llamada «teoría de la estructuración» formulada por A. Giddens, la «economía de las prácticas sociales» de P. Bourdieu y la importancia otorgada por el llamado «marxismo analítico» (E.O. Wright) a los microfundamentos en el análisis de clase. Este conjunto diverso de perspectivas e intereses comparten —hasta cierto punto— algunos rasgos. ¿Cuáles? Ante todo, que han recurrido a una combinación de análisis macro y microsociales, a establecer una relación más íntima entre teoría y evidencia empírica y a flexibilizar sus propios sistemas de referencias teóricas, abrirlos a otras vertientes, cuando no producir explícitas rupturas con su propia tradición intelectual<sup>124</sup>: no sólo porque ello proviene de la búsqueda de nuevos enfoques teóricos sino porque vino precedida —y en buena medida suscitada— por la controversia generada en torno al estudio histórico de la formación de clases, a partir de la senda abierta por E.P. Thompson.

El lector que nos haya acompañado pacientemente a lo largo de esta extensa relectura de una obra prolífica y multifacética que se escapa a cualquier simplificación, podrá preguntarse, por cierto, acerca de su pertinencia en los tiempos que vivimos y en su «clima de ideas». Un hecho parece evidente: la agenda que abre la contribución de Halperin al estudio de la formación de la clase terrateniente porteña —en rigor y de suyo, al de la entera clase dominante— no sólo es rica en cuestiones, hipótesis y sugerencias. También no deja de ser paradójico —y hasta cierto punto irónico— que la mayor contribución y la más firme base de sustentación para un programa de investigación que intente abordarlo en plenitud provenga de un autor que no se ha propuesto hacer historia desde un análisis de clases y que, a su vez, los problemas que suscita convergen con debates «fuertes» actuales en la teoría social o en vertientes de la historiografía en las que es difícil inscribir a Halperin. Vistas las cosas de este modo, la obra se independiza del autor, el texto lo trasciende y los lectores pueden realizar otras lecturas —ésta entre ellas— para suscitar un replanteo de la historia de la formación de clases entre nosotros que asuma plenamente su centralidad como objeto de estudio.

No hace mucho, Eric Hobsbawm definía una de las carencias claves de la «historia radical»:

---

ma en Gran Bretaña.

<sup>124</sup> A. Giddens, *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza, y *A constituição da sociedade*, São Paulo, Martins Fontes, 1989; P. Bourdieu, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990; *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1992; y J. Carabaña y A. de Francisco (comps.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Zona Abierta, 59/60, Madrid, 1992.

«sabemos demasiado poco acerca de la estructura y las transformaciones precapitalistas de las clases trabajadoras, y especialmente acerca de las divisiones de edad y género en su seno, y —más sorprendentemente— sobre la burguesía. Ahora hay gente transitando ese camino, pero, dado que los historiadores conservadores y pro-capitalistas nos han dicho tan pocas cosas que no sean triviales acerca de los capitalistas como clase, es tarea de los historiadores radicales requerir más concentración en la evolución histórica de los empresarios y los estratos medios»<sup>125</sup>

Para ello se hace necesario recuperar las perspectivas que durante intensas tres décadas se han conformado y la contribución halperiniana constituye, para nuestro medio, un excelente punto de partida alejado, por cierto, de toda trivialidad. ¿Se trata de un viejo problema? Puede ser, pero a tres décadas del debate que desarrollaron Nairn, Anderson y Thompson en torno al carácter de la clase dominante de la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, la naturaleza del Estado y de la sociedad, la cuestión sigue agitando a esta fértil historiografía marxista<sup>126</sup>. Que el problema sea viejo no lo hace ni historiográfica ni socialmente menos acuciante.

Y una última clave puede dar una idea más cierta de la perspectiva halperiniana: su visión del campo historiográfico argentino. Lo ve dominado por una suerte de «normalidad filosófica», que crece bajo el imperio de un «imperativo categórico», por agregación, «como si fuera un edificio que hay que completar»; sin estímulos externos la manera en que se trata de explorar el pasado sufre «una baja de tensión»<sup>127</sup>. La historiografía —y no sólo la argentina, por cierto— aparece bajo el signo de la fragmentación, reflejo del «descentramiento de la disciplina como tal», que tiene por debajo «el descentramiento de la visión de la sociedad, que me temo refleja cambios en la sociedad misma»<sup>128</sup>. Si el balance pone en la vida social «el motor» de la transformación historiográfica (lo que pone en evidencia un modo de pensar históricamente el propio campo intelectual) no deja de reconocer el aumento general en los estándares de producción de un modo que no cabía esperar con demasiado optimismo de su evaluación de hace una década. Para recentrar la disciplina Halperin no nos propone explícitamente ningún camino. Pero su obra sí ofrece varias pistas que pueden avizorarse como potencialmente fértiles y que constituyen rasgos relevantes de su ubicación dentro de nuestra historiografía: por un lado, las posibilidades que ofrece una perspectiva temporal más larga y abarcadora para aspirar a lo que llama «sentido histórico»; por otro, una visión más amplia —al menos una «perspectiva la-

---

<sup>125</sup> "Agendas para una historia alternativa", en *El cielo por asalto*, III:6, Bs.As., verano 1993/94, p.20.

<sup>126</sup> Cf. P. Anderson, "La crisis de la sociedad británica desde la perspectiva histórica", en *Zona Abierta*, 45, Madrid, 1987, pp. 1-98.

<sup>127</sup> R. Hora y J. Trímboli, *Pensar...*, pp. 45-47.

<sup>128</sup> "Halperin en Berkeley. Latinoamérica, historiografías y mundillos académicos", en *Entrepasados. Revista de Historia*, IV:6, Bs.As., p. 155.

tinoamericana»— de la historia argentina y no sólo para su fase colonial<sup>129</sup>. Y para re-centrar la sociedad en la historia fragmentada, es probable que las clases sociales de-ban volver a ocupar un lugar central: para ello, será necesario transitar por las nue-vas perspectivas abiertas, asumir plenamente la problemática teórica que suponen y situar el proceso de formación de las relaciones de clase dentro del conjunto de otros y significativos agregados sociales. En definitiva, como ha dicho E.P. Thompson,

*«la radical history no debiera pedir privilegios de ningún tipo. La radical history exige los más severos estándares de la disciplina histórica. La radical history debe ser buena historia. Debe ser tan buena como la historia pueda ser.»*<sup>130</sup>

Buenos Aires, marzo de 1995.

---

<sup>129</sup> Cf. T. Halperin Donghi: "Presentación", en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas*, Bs.As., Sudamericana, 1987, pp. 9-13.

<sup>130</sup> "Agenda...", ob. cit. p. 32.